

Carmen M. Darie

@theromanticcorner

# Arizona in Love



Matchstories

# Arizona in Love

Carmen M. Darie

The logo for Matchstories, featuring a stylized heart icon followed by the word "Matchstories" in a sans-serif font.

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

© Carmen M. Darie, 2023

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

© Ilustraciones del interior: Tutti\_frutti / Shutterstock

Primera edición: abril de 2023

ISBN: 978-84-08-27061-4

Depósito legal: B. 4.364-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls, S. A.

*Printed in Spain* - Impreso en España

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia.

El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Si compras este libro y respetas las leyes de propiedad intelectual al no reproducirlo sin permiso, por ningún medio, total ni parcialmente, estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.



La carretera estaba tranquila y la suave brisa del aire acondicionado le daba justo en el cuello, logrando por momentos que el calor insopon- table fuese algo más llevadero. Miró por el retrovisor; toda la calzada estaba despejada. Lógico, a nadie se le ocurriría andar por ahí en coche a esas horas del día. Era un auténtico suicidio.

Scarlett conducía distraída, cantando uno de esos *hits* del momen- to que sonaba en la radio, convirtiendo su coche en un karaoke. Se había mudado a Phoenix desde hacía unos años por cuestión de traba- jo y, religiosamente desde entonces, visitaba a su madre en verano. Dejaba su pequeño piso en la capital de Arizona para echar unas diez horas hasta Sandy. Acababa destrozada después de tanto tiempo al volante, pero para ella el viaje siempre merecía la pena. Conducir su Mustang le traía muy buenos recuerdos de su padre y de cuando este le enseñó a conducir con dieciséis años.

Todavía le quedaban unos cuantos kilómetros para llegar a la casa familiar y ver a su madre cuando, de pronto, la vida le advirtió de que..., que ese no era un buen momento para esa travesía; que era un momento pésimo, de hecho.

Sin previo aviso, comenzó a salir humo del capó delantero, donde estaba el motor, y tuvo que detener el vehículo de forma brusca en el arcén antes de que algo se prendiese fuego.

Maldijo su suerte. Hacía un calor tremendo, estaba en medio de

ninguna parte, sin cobertura, y su coche parecía estar pidiendo a gritos la jubilación. El Mustang del sesenta y nueve, regalo de graduación de su difunto padre, la había dejado tirada en medio de la nada justo el día que anunciaban una subida drástica de las temperaturas.

El pavimento se difuminaba a lo lejos, un espejismo ante sus ojos producto del intenso calor y la escasa sombra. Podría morir abrasada si se quedaba parada en el asfalto, sin ningún lugar donde refugiarse de los fuertes rayos del sol. Se le derretiría todo el maquillaje y hasta el pelo de la cabeza. Debía de haber más de treinta y ocho grados en ese momento y sencillamente se estaba asfixiando.

—Genial, fantástico... —murmuró para sí misma con ironía, aún sentada en el coche e intentando reunir el valor para salir y ver en qué condiciones se encontraba exactamente.

Se sacudió el pelo, se secó un poco la nuca y trató de apartárselo de la cara haciéndose un moño improvisado para no sentir tanto bochorno, lo que, por supuesto, no funcionó. Llevaba puesta una camisa blanca, que al menos era más fresca que sus largos pantalones vaqueros. Un *outfit* para ir sentada en el coche, no para estar fuera de él.

Se bajó del Mustang y recibió un golpe de calor insoportable que le hizo sudar todavía más. Centró toda su atención en el capó del coche. Al abrirlo, una humareda blanca salió despedida hacia su cara. Sus fosas nasales aspiraron un olor nauseabundo e hizo una mueca echándose hacia atrás. No sabía a quién pretendía engañar echándole un vistazo a la situación del motor: no tenía ni idea de mecánica.

—Mierda.

Cerró el capó con más fuerza de la necesaria y caminó hasta el maletero enfurruñada. Sacó su maleta y la tiró a un lado del vehículo, pagando toda la frustración que sentía con ese trozo de plástico lleno de ropa. Rebuscó hasta encontrar el triángulo de emergencia y contó los metros de distancia antes de colocarlo sobre el pavimento. Se volvió a subir al coche, y dio un buen trago de la botella de agua que llevaba en la guantera y que había conseguido aguantar un poco la tem-

peratura. Luego buscó por su bolso el móvil, para comprobar, con una tremenda decepción, que no tenía cobertura allí.

—¡Doble mierda! —exclamó, alterada.

Su única opción era ir andando hasta un punto en el que su móvil decidiese cooperar y, con un poco de suerte, toparse con alguien en el camino que se compadeciese de ella. Dudaba seriamente que eso llegase a pasar, porque llevaba un buen rato sin cruzarse con otros vehículos. La idea de hacer autostop no le resultaba para nada atractiva. Quizá no fuese lo más inteligente, pero sí era lo más práctico, aunque no se acababa de fiar del todo de la gente, y menos estando ella sola y sin un móvil operativo. En el hipotético caso de que alguien pasase por propia voluntad, solo única y exclusivamente si a ella le daba buena espina, aceptaría subirse. De lo contrario, preferiría cruzar sola el desierto entero si hiciese falta.

Apoyó la cabeza y cerró los ojos un momento para calmarse. Después de varias respiraciones profundas, bajó decidida. Cerró su Mustang, miró hacia delante y empezó a caminar.



Christopher llegaba algo tarde a su trabajo, cosa no muy habitual en él. Apretó la mandíbula y continuó conduciendo. Estaba muy frustrado esa mañana. Desde hacía unos días no dormía bien por las noches por culpa de algunos problemas que lo tenían intranquilo. En cuanto el taller entró en su campo de visión, sintió un inmenso alivio. Allí conseguiría distraer su mente con el trabajo rutinario.

La fachada descascarillada pedía a gritos una renovación, aunque para él era todo un consuelo haber llegado. Allí se olvidaba de todo y se centraba en una de las pocas cosas que se le daban bien: reparar coches. En el taller los problemas siempre tenían una solución y era él quien la proporcionaba. Se sentía útil. Aparcó donde siempre y, cuan-

do se bajó, el calor de ese día lo golpeó de tal forma que no dudó ni un instante en entrar lo más rápido posible antes de morir abrasado fuera. La enorme puerta blanca, algo oxidada, estaba abierta de par en par. Los ventiladores del techo trabajaban a pleno rendimiento esparciendo el aire caliente por todas partes. Cruzó la zona en la que los vehículos estaban aparcados o subidos a las plataformas elevadoras y se metió de lleno en el módulo acristalado de la oficina, al fondo. Desde allí, su jefe, o cualquiera, podía controlarlo todo sin necesidad de salir al achicharrante mundo exterior.

—¿Cómo te va, Chris? —le preguntó John—. No tienes muy buena cara esta mañana.

Christopher lo miró de hito en hito antes de hablar. ¿Cómo era posible que lo leyese de esa manera después de tan solo tres segundos de haber entrado por la puerta?

—Hola, John —le respondió con sequedad, y pasó de largo sin volver a mirarlo siquiera. Normalmente no era tan borde. Sería por no haber dormido lo suficiente.

—Eh, eh, eh, para el carro. ¿Qué ocurre, muchacho? ¿Tu *amiga* Catherine te está agobiando? —le preguntó mientras se limpiaba las manos de aceite.

Christopher resopló antes de contestar. Odiaba cuando John se quería entrometer en los problemas de su vida. Eran amigos, además de jefe y empleado, y eso hacían los amigos, pero había ciertos temas que no quería tratar ni con su propia mente, y mucho menos con John. Le agradecía la intención, pero no tenía ganas de hablar de nada de eso.

—Mi *amiga* lleva sin llamarme más de una semana, al igual que yo a ella.

Observó a su jefe, ya entrado en años. Las marcadas arrugas de su cara le concedían más edad de la que realmente tenía. Estresado por su negocio y por los quebraderos de cabeza que le daba su único hijo, Fred, tenía desde hacía varias semanas unas ojeras muy feas. Ser padre de un chico que casi había cumplido los veinte años y lidiar con él tan-

to personal como laboralmente lo desgastaba más de lo que le gustaría admitir.

En todo caso, para Christopher, John había sido como un segundo padre cuando lo había necesitado, y por ello lo apreciaba mucho. Siempre tenía las palabras adecuadas para aconsejarlo y respetaba muy bien los silencios, aunque Fred no lo valorase.

—Entonces, ¿qué te preocupa, hijo? —preguntó intentando estudiar su rostro.

A Christopher le fastidiaba que a menudo lo pudiese leer como un libro abierto. Ocultar la cara de culo cuando algo no le iba bien siempre se le había dado muy mal y John sabía perfectamente cuándo pasaba algo en su vida que lo tenía intranquilo.

—Me ha llamado Melissa. Está teniendo problemas... otra vez —respondió mientras sentía que sus facciones se endurecían al hablar de ella.

—¿Melissa? —El chico asintió—. ¿Para qué te dice eso? O, más bien, ¿para qué vuelve a llamarte?

—Supuestamente porque no tiene a nadie a quien acudir.

—Excusas. Se está aprovechando de ti. De nuevo —recalcó.

—Lo sé.

—Después de todo lo que te hizo... me parece muy egoísta por su parte —expresó John con enfado en los ojos.

—Ya, solo que, no sé, es un tema delicado y...

—Y te tiene que molestar a ti —completó la frase por él.

—Sabe que no puedo decir que no.

—Así que... —quiso saber.

—Solo la he escuchado por teléfono, nada más.

—¿Y se puede saber qué problema tan urgente tiene tu exnovia que te tiene que llamar a ti?

—Es un problema algo... problemático. —De inmediato se reprendió mentalmente por la tremenda estupidez que acababa de soltar.

—Críptico. No he entendido un carajo, chico.

—Ya, John, quizá no quiero que lo entiendas —soltó con demasiada dureza.

—Te daré un consejo de amigo a amigo. Un consejo que le daría a un hijo mío. —Hizo una breve pausa—. Será mejor que en futuras ocasiones no le cojas el teléfono.

—Lo sé.

Hubo un silencio cómodo entre ellos. John no lo presionó y Christopher lo rompió cuando se sintió preparado. Era el toque especial de John, la paciencia, darle tiempo para procesar y masticar sus palabras, esperar y que Christopher comenzase a hablar por voluntad propia.

—La noté muy preocupada en la llamada. Hasta se puso a llorar. Me ha tocado consolarla, muy a mi pesar.

«Muy bien, Christopher, tropezando una vez más con la misma piedra.»

—Un gesto demasiado amable por tu parte. —Arrugó la nariz—. ¿Sigues sintiendo algo por ella después de tanto tiempo?

Así, directo y sin rodeos. Christopher lo meditó durante unos segundos y se dispuso a contestarle cuando el hijo de John abrió la puerta de golpe y los interrumpió. Estaba metido bajo uno de los múltiples coches, preparándolo, y no lo había visto al llegar.

—Chris, te necesito. Hay una mujer preguntando por un mecánico y una grúa. ¡Y qué mujer! —exclamó con una sonrisa mientras con las manos delineaba su figura en el aire.

El aludido se limitó a resoplar antes de resignarse:

—Voy.



A Scarlett le había tocado caminar durante más de cuarenta minutos bajo el sol con una botella de agua tibia y asquerosa que no le calmaba la sed, sino que más bien le estaba dando dolor de estómago. Su mala suerte la había acompañado durante el trayecto. Ningún taller cerca, nadie que parase a socorrerla y sin poder meterse en Google

Maps para ver cuánto le quedaba hasta el pueblo más cercano. La falta de cobertura le dificultó mucho las cosas. Recordó, al cabo de veinte minutos andando hacia lo que sentía era ninguna parte, que había metido en la maleta una gorra que le habría sido muy útil en su situación. Lástima que no se hubiera acordado de ella a tiempo.

Cuando vio el cartel anunciando Wickenburg a cinco kilómetros, se alegró y se preocupó en igual medida. Todavía estaba muy lejos, pero encontrar ese rótulo fue como dar con un oasis. Su esfuerzo había merecido la pena.

«No morir en el desierto... lo puedo tachar de mi lista de logros en la vida», pensó con sarcasmo.

Entrando al pueblo sintió las miradas de los que imaginaba que eran sus habitantes al ver un rostro desconocido; no obstante, le dio igual. Se acercó a la primera persona que pasó cerca de ella y le preguntó. Después de aguantar cuestiones que rozaban que se las catalogara de interrogatorio policial, le indicaron la dirección del taller mecánico más cercano. Exhausta, sedienta y con los pies destruidos, anduvo diez minutos más.

Le cayó como un jarro de agua fría ver el deplorable estado exterior en el que se hallaba. Ella esperaba encontrarse con un lugar mejor que el que tenía delante. Se intuía que estaba abierto solo porque el portón estaba subido, pues la falta de cartelera que indicara qué tipo de negocio era y de mantenimiento sugerían lo contrario. El local parecía abandonado. Era viejo y estaba descuidado. No le generaba confianza entrar. Es más, la idea de darse la vuelta y seguir caminando cruzó por su mente. Sin embargo, un repentino dolor de pies fue lo único que acabó ocupando su mente.

Entró con sigilo, tratando de no hacer ruido para no delatar su presencia, dispuesta a salir por patas si veía algo extraño. Rezaba por encontrarse con gente normal y no con otros metomentodo, porque su agotamiento físico y mental le harían perder los modales.

Un chico más joven que ella, alto y delgado, se percató enseguida de su presencia. La miró con cara rara y siguió un rato más a lo suyo

antes de acercarse. Si esa era su forma de dar la bienvenida a los clientes, más valía que su jefe lo despidiese pronto.

Se presentó como Fred y le tendió la misma mano con la que instantes antes había estado sosteniendo una pieza algo grasosa. Scarlett forzó la sonrisa y le devolvió el apretón intentando ser educada. Sofocada dentro del taller sin aire acondicionado, perdió diez minutos explicando lo que le había pasado a la persona equivocada.

El tal Fred parecía más interesado en entender cómo es que ella tenía un Mustang del sesenta y nueve que en ayudarla. Le lanzó preguntas innecesarias e incómodas que no servían para su propósito. Se desesperó por completo cuando Fred le aclaró que tenía que llamar a su compañero para que los ayudara con el tema. ¡Si él no era el encargado, que lo fuese a buscar!

—Del sesenta y nueve, todo un clásico —repitió por tercera vez.

—Ya. —Su lado más borde salió a flote.

Lo interrumpió en medio de su verborrea para preguntarle por el baño. A ver si era capaz de indicarle solo lo que le había preguntado y no añadir nada más. Le daba igual su vida, si ese día estaban a tope de trabajo o si se le había muerto el perro el día anterior. Solamente quería agua, sentarse un rato y la ayuda de un profesional, y estaba claro que esto último, el pesado de Fred no lo era.

El chico le indicó que el baño estaba detrás de ella a la derecha. Scarlett lo dejó con la palabra en la boca cuando él quiso saber la edad que tenía. ¡Menudo pesado! Se escabulló y cerró la puerta con fuerza. Ojalá fuese a buscar de inmediato a su compañero. No quería pasar ni un minuto más allí dentro.

El minúsculo aseo tenía un retrete con tanque arriba, de los de cordel, un espejo oxidado y un lavamanos que no contaba con jabón. Rezó para que al menos el grifo funcionase. Al abrirlo, un hilo fino de agua cayó y puso las manos debajo tratando de acumular el máximo posible. Se mojó la cara. Su reflejo en el espejo la horrorizó: tenía la piel quemada por el sol, con las mejillas muy rojas, al igual que su nariz y su frente. La protección solar no le había servido de mucho, aunque

aun así agradeció mentalmente llevarla puesta. De lo contrario habría sido mucho peor.

Volvió a repetir el proceso y se limpió con algo de papel de váter el resto de rímel que corría por sus mejillas. La perfecta protagonista de *La matanza de Texas* con una pequeña diferencia: que no estaba en el estado de Texas, sino en Arizona.



Christopher dejó a Fred y a John discutiendo sobre las formas que tenía el hijo de expresarse, según su padre. Le estaba diciendo algo así como que necesitaba ser más educado con los clientes.

Se acercó a la entrada principal con paso lento, un poco perezoso. Allí la vio, plantada en medio del taller, mirándose las manos. Era guapa y evidentemente no era de Wickenburg. Llevaba demasiados años viviendo allí como para no reconocer a todos sus habitantes. Se notaba que estaba incómoda. Claro, una chica como ella no pegaba ni con cola en un lugar como ese. Sí, a él también se le hacía evidente que no era el mejor taller de la zona, pero al menos sí que hacían bien su trabajo.

La recién llegada tenía los pantalones vaqueros llenos de polvo y la camisa Polo Ralph Lauren, en un inicio blanca, había dejado de serlo. Ya era más bien tono tierra y la llevaba arremangada por encima de los codos. Su pelo rubio, que más bien parecía un nido de pájaros, estaba recogido en un moño en lo alto de su cabeza. Cuando la chica alzó la vista para enfrentarlo, él descubrió unos bonitos ojos verde esmeralda que le sostuvieron la mirada hasta que llegó a su lado.

—Buenos días, señorita —la saludó y se presentó mientras le tendía la mano.

De cerca podía apreciar que la mujer estaba casi cocida por el sol. Las diminutas pecas de su rostro se disimulaban hasta casi desaparecer

y unificarse en un mismo tono rojizo de piel. Se quedó un segundo más estudiando su cara, pero reaccionó antes de incomodarla. Nariz pequeña, pómulos altos y labios carnosos. El adjetivo que la describía con exactitud era, sin lugar a duda, *atractiva*. No guapa, indudablemente *atractiva*.

—Scarlett —respondió con la misma firmeza al apretón de manos—, encantada. Espero, ahora sí, estar hablando con la persona correcta.

Christopher se quedó mirándola un instante. Estaba tensa y despedía fuego por los ojos. «Genial, otra clienta con mal genio.»

—Depende de para qué la quiera —puntualizó Christopher.

Scarlett parpadeó unas cuantas veces antes de responder.

—Para mi coche. Creo que es más que obvio, ¿no?

—Ajá.

Se volvió a quedar callado, siendo consciente de que eso iba a molestarla más. Agarró un trapo y se limpió las manos a tan solo medio metro de ella. Los habitantes de la metrópolis, como suponía que era ella, llegaban a Wickenburg creyéndose los amos y señores solo por venir de ciudades grandes, siempre con sus exigencias, sus plazos, sus tiempos. Bueno, si se daba la vuelta y se marchaba con su problema a otra parte, le haría un favor; estaban casi a tope en el taller y la tipa sin duda lo que buscaba era pelea y no soluciones.

Para lo amargada que parecía estar en ese momento, su voz era demasiado dulce y melódica. Era tremendamente alta, casi de su estatura (Christopher, con su metro noventa y tres, estaba por encima de la media) y tenía la sensación de que lo miraba por encima del hombro.

—Bueno —empezó a hablar Scarlett cuando vio que no le iba a preguntar él—, estoy aquí porque ha empezado a salir humo del capó de mi coche.

—¿Y dónde está el vehículo? No lo veo por ninguna parte.

—Obviamente, no he podido traerlo hasta aquí. —Scarlett puso los ojos en blanco, desesperada por la ineptitud del hombre que tenía

delante, que era evidente que no sabía sumar dos y dos—. He tenido que venir andando. Y, créame, si hubiera podido evitarlo, no estaríamos teniendo esta conversación —añadió, consciente de que estaba volviendo a ser una borde.

Christopher ignoró su último comentario y planteó:

—Espere un segundo, ¿ha venido andando desde dónde? ¿Lo ha dejado en la carretera sin más? ¿No ha probado antes a esperar y echarle líquido?

Scarlett parpadeó varias veces, algo ofendida por el tono de las preguntas. El chico que tenía delante parecía no estar creyéndose la situación y lo que menos necesitaba ella en ese momento era que la cuestionaran. No lo soportaba por lo general, mucho menos en aquellas circunstancias y con la caminata encima.

No, no lo había probado. Tenía sentido, pero era evidente que no se le había ocurrido. Normalmente, si le pasaba cualquier cosa con el Mustang, llamaba a su seguro, que para eso lo tenía. No entendía de coches ni de mecánica. Para algo estaban los mecánicos, ¿no?

—No, no lo he hecho —respondió, algo molesta.

—Podría haberlo intentado. A lo mejor se habría ahorrado la caminata.

—Ya. Tampoco tenía agua para intentarlo —mintió..., aunque, técnicamente, el agua que le quedaba no se la iba a echar al coche porque la necesitaba para sobrevivir.

—No hay que poner agua —la rectificó él—, hay que poner líquido refrigerante de motor.

«Vale, papá», pensó ella.

—Pues no tenía líquido refrigerante para ponerle tampoco. —El tono de su voz denotaba que se empezaba a cansar de esa conversación.

«¿Quién lleva líquido refrigerante en su coche?»

—¿Quién viaja en agosto sin refrigerante en el coche? —En cuanto lo dijo se arrepintió al ver la mueca que Scarlett hizo. Vio cómo aparecerían arrugas en su entrecejo y se cruzaba de brazos, elevando peligrosamente parte de su escote.

—Yo, ¿algún problema con eso?

—No, ninguno. —Christopher no modificó su actitud—. Solo le aconsejo que lleve refrigerante, aunque tan solo vaya a comprar el pan.

«Sili li iquinsiji qui...»

Una vocecita en la mente de Scarlett se burló de él. Le estaba cayendo fatal aquel tipo tan soberbio. ¿Acaso no veía que estaba sucia y cansada? ¿Era necesario ser tan duro con ella? Trató de coger aire; al fin y al cabo, necesitaba que ese impresentable se prestara a ayudarla.

—Sí, lo tendré en cuenta —dijo al final, a regañadientes.

Aprovechó para fulminarlo con la mirada. Él hizo caso omiso de su visible enfado y comenzó a coger algunas herramientas de una de las estanterías que poblaban el taller.

—¿Dónde lo tiene? —le preguntó sin prestarle demasiada atención.

—Lejos. Está muy lejos de aquí.

—¿Lejos...?

—¡Lejos! —alzó la voz, ya desesperada por tratar con ese hombre—. No tengo ni idea de a cuántos kilómetros está. Mire mis pintas —se señaló la ropa sucia—, creo que deduce que he estado un buen rato caminando. No tengo idea de lo que le pasa, ni le he puesto refrigerante como usted dice, ni he intentado nada más que buscar ayuda.

—Calma —pidió conteniendo una sonrisa, divertido por verla tan fuera de sí.

La observó hacer tres respiraciones profundas antes de hablar.

—Estoy calmada —replicó.

—Lo dudo.

Ese comentario crispó los nervios de Scarlett.

—Qué *simpáticos* sois en este pueblucho.

Hizo énfasis en la segunda palabra, pero soltó toda la frase en un tono de hastío, con la intención de que el tipo que tenía delante comprendiese lo desagradable que estaba siendo con ella. Christopher dejó de seleccionar herramientas y se giró repentinamente para mirarla con incredulidad. Scarlett sintió que se había pasado con el co-

mentario, pero no dijo nada para disculparse. Se miraron a los ojos, esperando que alguno de los dos hablase. Ella no iba a abrir la boca, eso lo tenía más que claro.

—Voy a buscar las llaves de la grúa. —Se dio media vuelta, sin esperar respuesta. Solo tenía dos opciones: largarse de allí o herirla con alguna réplica mordaz.

—¡De acuerdo! —le gritó ella, quedándose en el mismo sitio.

Scarlett intentó relajarse cuando él se fue. Este le pareció un maleducado, igual que todos los que se había cruzado en Wickenburg. De-seaba largarse lo más pronto posible de allí y perderlos de vista.

Sin embargo, el irritante mecánico era endiabladamente atractivo. Sus fuertes músculos se marcaban a través de una camiseta blanca y pulcra de manga corta. ¿Quién se ponía ropa blanca en un trabajo como ese? Muy a su pesar, le quedaba como un guante y realzaba el tono dorado de su piel. Tenía atada una bandana roja en la cabeza, que le servía para mantener la cara despejada de su cabello castaño claro, rebelde en todas direcciones, algo demasiado largo para su gusto. Ojos grandes color miel, pestañas envidiosamente largas, pómulos marcados y, el detalle clave dentro de todo su atractivo: era muy muy muy alto.

Scarlett siempre había batallado con eso. Desde que en la adolescencia pegó el estirón, solo tuvo ojos para los idiotas del equipo de fútbol americano, y ninguno de ellos le prestó la más mínima atención. Fue objeto de burlas por parte de las animadoras, así que, hasta que pasó a la universidad, no se atrevió siquiera a ponerse unos tacones altos por miedo a que las otras personas, sobre todo las chicas, la criticaran y se riesen de ella.

Repasó mentalmente al chico.

«Es un idiota, está bueno, se cuida, es alto como yo... ¡Ah, y encima huele bien!»

Christopher caminó con las llaves en una mano mientras con la otra se acomodaba, o despeinaba, el pelo, y Scarlett se concedió unos segundos para hacerle de nuevo un escáner visual rápido.

—¿Y bien? —Su voz la distrajo de sus pensamientos.

Ella tuvo que parpadear varias veces al descubrirse mirándolo fijamente a solo unos centímetros de distancia. Su caminata por el desierto le había frito las neuronas y había acabado con su disimulo. La intensidad de sus ojos le impidió formular una frase coherente para justificarse.

—¿Qué...?

—¿Ha acabado de mirarme? —repitió Christopher.

Encima el tipo se lo tenía bien creído. Necesitaba explicar que no estaba mirándolo, mentir un poco y bajarle ese ego, pero ¿a quién iba a engañar? Scarlett soltó un bufido a modo de queja y su cara se puso más roja de lo que ya estaba. ¿Quién se creía que era para hablarle así? Sin esperar una respuesta por su parte, Christopher avanzó, dejándola atrás.

—Vamos.

«¡Encima me está dando órdenes!»

Cada vez más molesta con la situación, Scarlett tuvo que acelerar sus pasos para alcanzarlo. Antes de que ella pudiera abrir la puerta, Christopher se adelantó.

—Todo esto es innecesario... —refunfuñó ella en voz baja mientras entraba en el vehículo.

—De nada.

Christopher cerró con fuerza la puerta, sobresaltándola. Bordeó la grúa y se acomodó en el interior. Nada más arrancar el motor, encendió el aire acondicionado. Antes de ponerse el cinturón rebuscó por todo el coche, incluida la guantera, invadiendo el espacio personal de Scarlett.

—Tenga —dijo mientras le entregaba un bote verdoso—. Póngase esto en la cara. Lleva aloe vera, le aliviará la rojez.

Scarlett alternó la mirada entre el bote y su dueño, desconfiando de su repentina generosidad. Al final lo aceptó. Sus manos se rozaron y una corriente eléctrica le recorrió la espalda. Él se limitó a soltar el bote como si este le quemase.

—Gracias.

Salieron del taller y Christopher condujo hacia el lugar con ayuda de las indicaciones de Scarlett. El trayecto fue de lo más silencioso. La radio se quedaba muda cada dos por tres por la falta de cobertura. Scarlett no paraba de mirar por la ventanilla, rogando que el tiempo pasara más rápido para llegar cuanto antes. La tensión entre ellos se podía cortar con un cuchillo. Finalmente, Christopher fue el encargado de romper el mutismo.

—¿Qué hace usted por aquí?

Scarlett sostuvo en la punta de la lengua algo así como un «a ti qué te importa», aunque lo pensó un poco mejor antes de contestar y tuvo en cuenta el gesto de Christopher de preocuparse por sus quemaduras solares.

—Preferiría que nos tuteáramos —pidió ella.

—Ajá.

—Estoy de vacaciones. Me dirigía a ver a mi madre a Utah... y, bueno, el resto ya lo sabes.

—De aquí a Utah todavía quedan unos cuantos kilómetros.

—No me lo recuerdes. —Puso los ojos en blanco.

La radio seguía colapsando, así que Christopher optó por apagarla. Nuevamente se quedaron en silencio. Ninguno de los dos hizo ademán de sacarle conversación al otro. Desobedeciendo las indicaciones de su mente, que le gritaba que parase de ser tan obvia, lo volvió a mirar de reojo, exponiéndose a ser descubierta de nuevo. Él estaba concentrado en la carretera y no se dio cuenta. Se relamió los labios inconscientemente y Scarlett siguió con todo detalle el recorrido de su lengua, embriagada por el olorcito tan apetecible que desprendía el hombre sentado a su lado. Parpadeó unas cuantas veces y desvió la mirada a la solitaria calzada, centrándose en la línea recta que esta trazaba para despejar su mente. De pronto, lo vio, vio su Mustang a lo lejos.

—¡Para! —ordenó mucho antes de llegar al coche.

—¿Aquí? —Desvió la mirada hacia ella, extrañado.

—¡Sí, es aquí! —exclamó eufórica señalando un punto rojo en el horizonte.

—No voy a parar aquí.

—¡Lo estoy viendo! ¡Avanza! —le ordenó.

Christopher enarcó una ceja, negó con la cabeza y aceleró a fondo para llegar cuanto antes, ya que la chica, que había ido todo el camino tranquila, de repente estaba de lo más insoportable. Aparcó delante del Mustang y se bajaron.

—Dame las llaves.

Le tendió la mano y Scarlett rebuscó en su bolsillo. Depositó las llaves con el cuidado suficiente de no volver a rozarlo. Él intentó arrancarlo. Nada. Probó una segunda vez y tampoco. Se bajó del coche y se acercó al capó seguido de cerca por ella. Lo abrió y miró por encima, toqueteando algunas partes.

—Yo creo que tiene algo que ver con el motor —oyó a sus espaldas Christopher. Scarlett trató de hacerse la lista, aunque en realidad no tenía ni idea.

—Claro —se burló—. Ven. ¿Ves?

Christopher señaló con su cabeza a la absoluta nada, según Scarlett. Aun así, ella asintió, todavía metida en su rol de chica experta en coches. Ignoraba por completo dónde mirar.

—Ajá.

Él alcanzó a abrir un tapón y la invitó a acercarse.

—¿Qué se supone que estamos buscando? —preguntó, inclinada sobre el motor de su coche, tratando de tocar lo menos posible las piezas con la camisa y las manos.

—Oh, nada. Aquí, nada. —Cerró el tapón con una sonrisita en los labios. Scarlett salió de debajo del capó algo molesta.

—¿Entonces?

—Hay que agacharse para ver lo que hemos perdido —informó este mientras literalmente se tiraba al abrasador suelo a más de cuarenta grados centígrados y miraba por debajo del vehículo. Scarlett parpadeó varias veces con asombro. Estaba loco.

—¿Me tomas el pelo? ¡No pienso hacer eso!

—Tranquila, ya lo hago yo —le gritó desde abajo.

—Espero que te paguen extra por esto —dijo mientras lo veía levantarse y sacudirse el polvo de la ropa.

Vaya, en ese momento su camiseta blanca ya no lo era tanto. ¿Por qué demonios se ponía ropa clara para trabajar? Era todo un misterio para Scarlett.

—Es tu radiador —afirmó—. Tienes un charco debajo del coche.

—¿En serio? —preguntó sin creérselo todavía.

—Bueno, tampoco queda mucho. Se ha evaporado casi todo el refrigerante. Lo tendré que revisar bien en el taller. ¿Ha salido humo del capó?

—Sí, ya te lo había dicho.

—Pues es algo grave. —Dirigió su mirada hacia ella dándose cuenta de lo cerca que estaban el uno del otro—. Se te podría haber incendiado el coche con este calor, así que menos mal que has parado.

—¿Me lo he cargado? —preguntó, horrorizada.

La pobre estaba realmente asustada. De pronto a la chica de ciudad le importaba su coche viejo. Vaya, vaya...

—Para saber eso me lo tengo que llevar al taller y revisarlo a fondo.

El rostro de Scarlett seguía contraído en una mueca de preocupación, así que Christopher, sin ser consciente de que tenía la mano manchada con hollín negro del motor, la puso sobre su hombro para tranquilizarla. Scarlett se tensó con ese movimiento.

—Disculpa —retiró la mano, arrepentido—, te he ensuciado.

Miró el hombro de su camisa Polo Ralph Lauren y luego a Christopher. Después frotó con ahínco para ver si podía hacer desaparecer la mancha.

—Era mi favorita —gimoteó en voz baja, cesando en su intento de limpiarla.

Inspiró y exhaló unas tres veces antes de dirigirse de nuevo a él, que la estaba mirando con cara de preocupación.

—¿Cuánto me podría costar? —desvió el tema.

—Depende. No te lo podré decir con exactitud hasta que no lo revise y vea qué le pasa. Además, es mi jefe quien lleva esos asuntos.

Scarlett palideció. Su mente empezó a descontar a la velocidad de la luz el dinero de su cuenta bancaria. ¡Maldita sea! Lo que costaba ahorrar el dinero y lo rápido que se iba. Respiró hondo y trató de ajustarse el moño, que se le estaba deshaciendo. La camisa se le levantó, mostrando un abdomen terso y trabajado. Christopher la miró con curiosidad. Instintivamente se le formó una sonrisa en los labios y vio la extraña mirada que Scarlett le dedicó. Recuperó las formas y volvió a su expresión normal.

—Hablaré con mi jefe, a ver si te hace precio.

—No estoy preocupada por el dinero —mintió—. Me preocupa más el tiempo de reparación. ¿Me quedará muchos días sin coche?

—No sé qué decirte.

—Eres mecánico, deberías saber esas cosas —le recriminó.

Christopher volvió a enarcar una ceja y le sostuvo la mirada durante unos instantes.

—Deberías echarte más crema mientras yo lo cargo —le sugirió.

Scarlett levantó más la barbilla como respuesta a su comentario y se giró para subirse a la grúa. Su intención era perderlo de vista. Cerró de un portazo y bajó la visera para mirarse en el espejo. Sí, seguía estando roja como un tomate maduro. Destapó el bote con rabia, molesta porque era cierto que necesitaba otra buena capa del potingue raro que le había dado. Le había mejorado un poco la rojez, pero aun así seguía con las mejillas y la nariz encendidas. Necesitaba urgentemente una buena ducha, porque esas altas temperaturas no la ayudaban en nada con eso de dejar de sudar. Quería quitarse todo el polvo que llevaba adherido a la ropa, a la piel y a su pobre y maltratado pelo.

Christopher terminó de cargar el Mustang. Una auténtica joya de un color rojo brillante. Se preguntó cómo lo habría conseguido. Sin duda tenía buen gusto, y estaba intacto por dentro y por fuera a pesar de los años. Luego puso rumbo al taller. El trayecto de vuelta fue un poco menos tenso para Scarlett. Intentó sacar algún tema de conversación a pesar de los largos silencios. Le preguntó sobre todo por si-

tios donde poder alojarse en Wickenburg, por si la reparación no iba a ser rápida.

—La mujer de mi jefe dirige el motel del pueblo. En la oficina te daré su número y la dirección.

—¿Motel?

—Sí, es el mejor cinco estrellas que tenemos —dijo con sarcasmo.

Scarlett se cruzó de brazos e ignoró su comentario.

—Haré turismo —sentenció en voz alta para consolarse.

—No hay mucha cosa para ver —la desanimó a propósito.

Christopher se torturó varias veces mirándola de reojo sin que ella se diera cuenta, aprovechando que tecleaba en su móvil. Cuanto más lo hacía, más resonaba en su cabeza lo atractiva que le parecía. La pilló en el momento justo en el que se desabrochaba discretamente un par de botones de la camisa, revelando parte del sujetador color crema. Si ella tenía calor, de pronto él también. Desvió la mirada a la carretera, horrorizado, porque inmediatamente una parte de su cuerpo reaccionó.

Maldijo mentalmente. Pero ¿qué le pasaba? Ni que un par de pechos fuesen para tanto. Ya no era un adolescente con las hormonas por las nubes. A él no le pasaban esas cosas, solo a los quinceañeros. La forastera estaba tremenda, pero, cuando le hablaba con esa superioridad de urbanita, tenía ganas de darse la vuelta y dejarla con la palabra en la boca. Bueno, eso él ya lo estaba haciendo. Le gustaba e irritaba a partes iguales esa vocecilla.

Cuando llegaron al taller, ambos se sintieron aliviados de no tener que compartir durante más tiempo el mismo habitáculo. Christopher se encargó de descargar el Mustang. Fred no tardó en acercarse a molestar como una mosca cojonera. Para colmo, no lo ayudaba. Estaba allí plantado haciendo apreciaciones con las manos metidas en los bolsillos.

—¿De dónde has sacado esta maravilla? —preguntó Fred a Scarlett.

Christopher también tenía esa curiosidad. No obstante, ella no

contestó porque en ese instante recibió una llamada de su madre. Se apartó a un rincón para mantener una conversación privada. Ya se había dado cuenta de que la gente de ese pueblo era muy chismosa. Le contó el incidente del coche y que no sabía cuánto iba a tardar en ponerse en marcha de nuevo. De vez en cuando levantaba la mirada en dirección a los dos chicos. Christopher estaba revisando otros coches mientras Fred seguía con las manos en los bolsillos. Bufó, frustrada. Con esa iniciativa no iba a irse nunca de allí. Colgó y volvió a meterse en el baño. Se soltó el moño e intentó peinarse la melena con los dedos. Ya no tenía tanto calor como antes, pero sí que necesitaba una buena ducha. Y comer.

Christopher la observó acercarse hasta donde él estaba.

—¿Has podido mirar lo que le pasa?

—Todavía no, tengo en cola algunos que pasan a recoger hoy.

—¿Puedo hablar con tu jefe?

—¿Por? —Christopher se cruzó de brazos.

—Asuntos privados.

—Claro —dijo con tono de burla—. Está por allí. —Señaló vagamente con la cabeza el fondo de la nave y luego siguió a lo suyo.

—¿Por dónde? —preguntó de nuevo al ver que Christopher ya no le prestaba la más mínima atención.

Este no le hizo caso y fingió no haberla oído. Ella examinó la nave con la mirada hasta que vio una especie de cubículo iluminado y acristalado al final. Imaginó que se refería a eso, así que anduvo en esa dirección. Tuvo la educación de llamar a la puerta, a pesar de que el señor mayor que estaba sentado tras la mesa de oficina ya la había visto llegar.

—Pasa, pasa —la instó a entrar.

—Buenos días, soy...

—Sí, sí, la chica del Mustang. Mi hijo ya me lo ha dicho. Siéntate.

—Le ofreció la silla situada delante de su mesa.

—No es necesario, seré bre...

—Soy John, el dueño del taller —la cortó.

Scarlett apretó los labios y le dedicó una sonrisa fingida mientras le daba la mano. Al final, se sentó.

—Venía porque...

—Sí, sí, me ha contado que te has quedado tirada por ahí con este calorón. ¡Jesús bendito! Gracias a Dios que no te ha pasado nada. Has tenido suerte de no desmayarte caminando con este sol. Esta mañana en las noticias han dicho que iba a ser un día horrible y le he hecho caso a mi mujer, Cindy. He estado bebiendo agua todo el día y no pienso moverme de aquí dentro. —La cara de Scarlett era un poema—. No estoy tan loco ni soy tan joven como esos dos de ahí. Mi hijo es un garrulo, está todavía en la edad del pavo, pero, tranquila, puedes confiar en nosotros. Christopher es muy bueno en lo que hace. Le enseñé yo mismo cuando llegó aquí. En cambio, mi hijo...

Paró un segundo a beber un poco de agua antes de continuar.

—¿Te apetece agua? —Scarlett negó con la cabeza—. Vamos, no seas tímida, pero si seguro que tienes hasta insolación. Estás muy roja, hija. En la cara, sobre todo —Comenzó a servirle un vaso y la miró de forma insistente para que lo aceptase.

—Gracias.

—Bueno, a lo que iba, tu Mustang está en las mejores manos. No sé cuándo lo vamos a tener, pero, en cuanto te lo repare, jamás te va a dar una falla, al menos no la pieza que nosotros te arreglemos.

—Respecto al tiempo...

—Oh, tranquila, hoy mismo lo pongo como prioridad para Chris.

Scarlett sonrió, agradecida. Esas eran justo las palabras que quería oír de su boca.

—Perfecto, es muy importante para mí que esté cuanto antes.

—Lo entiendo, hija. Lo importante para mis clientes es lo importante para mí. Que no te quepa duda de que pondré hasta al garrulo de mi hijo a trabajar en tu coche, a ver si aprende ya de una vez...

—Ya, bueno, en ese caso me iré a comer algo por aquí cerca mientras os ponéis manos a la obra. —Se levantó de la silla dispuesta a marcharse.

—¡Fantástico! —John también se incorporó y la siguió fuera de su oficina, contradiciendo su idea de no moverse de ahí en todo el día—. ¡Chris! —gritó detrás de ella mientras caminaba hacia el Mustang.

—Dime, John. —Se incorporó para mirarlos a ambos. La cara de satisfacción de ella denotaba que había logrado lo que quería con su charla sobre los *asuntos privados*.

—Hijo, sé que hoy estamos a tope, pero la muchacha me ha dicho que quiere irse a comer ahora. ¿Qué sitio le recomendarías?

Scarlett, incrédula ante lo que acababa de oír, se giró a mirar a John sin saber qué decir. No necesitaba que le preguntase dónde comer, necesitaba que Christopher moviese el culo y arreglase ya el Mustang. Al chico se le escapó una sonrisita burlona al verla tan desubicada. Le encantaba verla fastidiada porque su plan no había salido tal y como esperaba.

—A ver, en mi opinión, creo que... —Intencionadamente se quedó pensativo y rascándose la barbilla unos segundos, haciéndose el interesante y sacándola todavía más de quicio—. Cerca de aquí, ¿eh? Y, además, rico... Déjame ver...

Scarlett se empezó a cabrear de verdad. Nada estaba yendo como esperaba y encima el muy tonto estaba fingiendo interesarse en ayudarla en un tema que a ella le daba igual. Del problema principal nadie se estaba encargando.

—Tanto me da dónde comer, lo que me importa...

—Sí, sí —la volvió a cortar John—, la cuestión es que esté cerca de aquí, lo sé, hija, lo sé. ¿Qué opinas del Mac's? —se dirigió a Christopher.

—Oh, claro, Mac's Corner. Ese está genial —habló hacia John, ignorando por completo el hecho de que Scarlett estuviera a su lado—. Las hamburguesas especiales del martes están riquísimas, pero en días como hoy yo me pediría el plato de costillitas con puré.

—Ya ves, hija, creo que es la mejor opción para ti. Te estaremos esperando. Come tranquila, tu Mustang no se va a mover de aquí. Me voy dentro, un minuto más y tendré que escurrir la camisa.

John se dio la vuelta y los dejó solos. Christopher la miró con desdén. Los ojos de Scarlett echaban fuego. Tenía ganas de matar a alguien. ¿Qué demonios le pasaba a la gente de ese pueblo? Estaban siendo unos maleducados con ella.

—Ve a comer tranquila —sonrió con petulancia—, tu Mustang no se va a mover de aquí.